

I. Hildegarda de Bingen o la imaginación visionaria

*Et ante ipsum ad radicem eiusdem montis quaedam imago undique plena oculis
stabat, cuius nullam humanam formam prae ipsis oculis discernere valebam.*

[Y delante de él al pie de la montaña estaba una imagen llena de ojos en la que,
a excepción de los ojos, no era capaz de discernir forma humana.]

(Hildegarda de Bingen,

Scivias, Prima Visio Primae Partis, líns. 16-18.)

En pleno siglo XII, Hildegarda de Bingen traspasó las fronteras del silencio al que estaba sometido su sexo para hablar y predicar, para escribir acerca de Dios y de su creación, del hombre y del universo. Entre su prolífica escritura, algunos textos descubren una experiencia extraordinaria:

Y he aquí que fue en el año cuarenta y tres del curso de mi vida temporal, cuando en medio de un gran temor y temblor, viendo una celeste visión, vi una gran claridad en la que se oyó una voz que venía del cielo y dijo: «Fragil ser humano, ceniza entre las cenizas, podredumbre entre la podredumbre, di y escribe lo que veas y oigas. Pero como tienes miedo de hablar, eres ingenua e ignorante para escribir, dilo y escríbelo, no fundándote en el lenguaje del hombre, no en la inteligencia de la invención humana, sino fundándote en el hecho de que ves y oyes esto desde arriba, en el cielo, en las maravillas de Dios» [...] Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: «Proclama estas maravillas, escribe lo que has aprendido y dilo». Y sucedió en el año 1141 de la encarnación de Jesucristo, Hijo de Dios, a la edad de cuarenta y dos años y siete meses, vino del cielo abierto una luz ígnea que se derramó como una llama en todo mi cerebro, en todo mi corazón y en todo mi pecho. No ardía, sólo era caliente, del mismo modo que calienta el sol todo aquello sobre lo que pone sus rayos. Y de pronto comprendí el sentido de los libros, de los salterios, de los evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, aun sin conocer la explicación de cada una de las

palabras del texto, ni la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos (*Scivias*, *Protestificatio*, líns. 5-35).

A lo largo de su vida, Hildegarda tuvo ocasión de referirse en más de una ocasión a su extraña facultad por medio de la cual alcanzaba a ver las cosas, no las de este mundo, sino las celestiales, así como a su instantánea comprensión, que nada tenía que ver con la humana forma de conocimiento, sino con la inspiración divina, lo que simbólicamente se representó a través de la llama. La miniatura con la que se inicia su primera obra profética, *Scivias* (Conoce los caminos), y que ilustra el pasaje citado, ofrece un retrato de Hildegarda: vestida como una monja benedictina está sentada en el centro de un espacio arquitectónico dividido en tres partes; en su mano sostiene el punzón y las tablillas de cera haciendo ademán de escribir. Cinco lenguas de fuego inundan su cerebro y sus ojos. Los antecedentes iconográficos de esta imagen son muy raros. El miniaturista trató de representar fielmente las palabras de Hildegarda, asociándolas sin duda al pasaje bíblico en que se alude a las lenguas de fuego del Espíritu Santo sobre las cabezas de los apóstoles en Pentecostés. El suceso extraordinario conoce testigos: a la derecha, como suspendido en el aire, un monje contempla con ojos desorbitadamente abiertos lo que ocurre, mientras con su mano izquierda sostiene un pergamino. El personaje representado parece aludir concretamente a Volmar, el secretario de Hildegarda, que corregía su latín y lo ponía en correcto estilo gramatical. Su representación en la miniatura tiene como función atestiguar a un tiempo la verdad de lo que está ocurriendo y el inmenso asombro que produce (L. Saurma-Jeltsch). Mucho menos ingenua y crédula de lo que normalmente se le atribuye, la cultura medieval integraba, con todo, en su comprensión de las cosas la posibilidad de lo sobrenatural. Fue lo sobrenatural lo que permitió a Hildegarda salir de los estrechos marcos que, en principio, le había reservado su mundo, para situarse en un primer plano de la espiritualidad y cultura de la época.

Nacida a finales del primer milenio, en el año 1098 según puede deducirse del prólogo de *Scivias*, en el seno de una familia perteneciente a la baja nobleza de Bermersheim, Hildegarda fue entregada por sus padres a la vida religiosa, y a la edad de ocho años confiada a Jutta de Sponheim para su educación. Según la *Vida* que se ha conservado de Jutta, ambas permanecieron en el castillo de Sponheim, y a la muerte de la madre de Jutta, se trasladaron al castillo de Uda de Göllheim. Como Jutta estaba

decidida a lanzarse a la peregrinación, su hermano lo remedió influyendo para que en el monasterio de Disibodenberg (fundado en el año 1108) se añadiera una celda de clausura para monjas. El 1 de noviembre de 1112, cuando Hildegarda contaba catorce años y Jutta sólo seis más que ella, entraron junto con otra niña en la celda (F. Staab). La reclusión constituía una práctica extendida y se conocen casos, sobre todo en Inglaterra, de mujeres que vivieron literalmente enmuradas, como Eva de Wilton que entre 1080 y 1100 vivió, según el testimonio de su capellán, Goscelin, en una celda de ocho pies comunicada con el mundo exterior sólo a través de una delgada ventana, o, por ejemplo, el caso más famoso de Cristina Markyate, coetánea de Hildegarda, cuya biografía se ha conservado (C. H. Talbot). A finales del siglo XII corresponde uno de los primeros manuscritos en que aparece descrito el ritual de reclusión, ligado al rito fúnebre para manifestar la muerte al mundo. De hecho Jutta de Sponheim murió en la celda a la edad de cuarenta y cuatro años (el 22 de diciembre de 1136), después de haber practicado un duro ascetismo (oración en ayuno sin ropa, cilicio de hierro). Un destino muy distinto aguardaba a su discípula Hildegarda. Para entonces, la celda de reclusión que Guibert de Gembloux describió como un pequeño recinto construido en piedra, con una pequeña ventana utilizada para la comunicación con los monjes y para pasar la comida, contaba con un número mayor de monjas. A la muerte de Jutta, Hildegarda se convirtió en la maestra y la reclusión debió de ser cada vez menor, hasta que acabó totalmente con ella al abandonar el lugar e iniciar sus viajes de predicación. Éstos son los hechos conocidos en la vida de Hildegarda entre 1098 y 1141. Pero se ha conservado un fragmento autobiográfico en el que Hildegarda alude a esta primera etapa de su vida. Su primer biógrafo y también su secretario desde la muerte de Volmar en 1173, Gottfried, recogió estos relatos en primera persona, y fue su segundo y definitivo biógrafo, Theoderich de Echternach, quien finalmente construyó la *Vida de Hildegarda de Bingen* basándose en el primer libro ya escrito por Gottfried, al que le añadió otros dos escritos por él y salpicados de los pasajes autobiográficos. Escrito muy poco tiempo después de la muerte de Hildegarda en el año 1179, por encargo de sus amigos, el abad Ludwig de San Eucharius de Tréveris y el propio abad de Echternach, Gottfried, el relato hagiográfico destaca de la tradición justamente por la innovación que supuso la introducción de estos pasajes en primera persona (B. Newman 1997). En el Libro II de la *Vida*, Hildegarda narró sus primeros cuarenta años del modo siguiente:

La Sabiduría también me enseñó en la luz del amor y me dijo de qué modo fui dispuesta en esta visión. Y no soy yo quien digo estas palabras de mí, sino Sabiduría las dijo de mí y me habló así: «Oye estas palabras y no las digas como si fueran tuyas, sino mías, y así instruida por mí habla de ti de este modo». En mi primera formación, cuando Dios me infundió en el útero de mi madre el aliento de la vida, imprimió esta visión en mi alma. Pues en el año 1100 después de la encarnación de Cristo, la doctrina de los apóstoles y la justicia incandescente, que había sido fundamento para cristianos y eclesiásticos, empezó a abandonarse y pareció que se iba a derrumbar. En aquel tiempo nací yo y mis padres, aun cuando lo sintieron mucho, me prometieron a Dios. A los tres años de edad vi una luz tal que mi alma tembló, pero debido a mi niñez nada pude proferir acerca de esto. A los ocho años fui ofrecida a Dios para la vida espiritual y hasta los quince años vi mucho y explicaba algo de un modo simple. Los que lo oían se quedaban admirados, preguntándose de dónde venía y de quién era. A mí me sorprendía mucho el hecho de que, mientras miraba en lo más hondo de mi alma, mantuviera también la visión exterior, y asimismo el que no hubiera oído nada parecido de nadie hizo que ocultara cuanto pude la visión que veía en el alma. Desconocía muchas cosas exteriores debido a mis frecuentes enfermedades, que me han aquejado desde la lactancia hasta ahora, debilitando mi cuerpo y haciendo que me faltaran las fuerzas. Agotada de todo esto, pregunté a mi nodriza si veía algo aparte de las cosas exteriores, y me respondió que nada, porque no veía nada de aquello. Entonces me sentí apresada por un gran miedo y no me atreví a decir nada a nadie, pero hablando de muchas cosas solía describir con detalle cosas del futuro. Y cuando estaba completamente invadida por esta visión, decía muchas cosas que eran extrañas a los que oían, pero, cuando cesaba algo la fuerza de la visión, en la que me había mostrado más como una niña que según mi edad, me avergonzaba y lloraba, y habría preferido callarme si hubiera sido posible. Por miedo a los hombres, no me atrevía a decir a nadie lo que veía. Pero la noble mujer (Jutta) que me educaba lo notó, y se lo contó a un monje que conocía. Por medio de su gracia Dios había derramado en aquella mujer un río de muchas aguas, de tal modo que no dio reposo a su cuerpo con viglias, ayunos y otras buenas obras hasta que terminó la vida presente con un buen fin. Dios hizo visibles sus méritos a través de hermosos signos. Después de su muerte continué viendo del mismo modo hasta que cumplí cuarenta y dos años. Entonces en aquella visión fui obligada por grandes

dolores a manifestar claramente lo que viera y oyera, pero tenía mucho miedo y me daba vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo. Mis venas y médulas estaban entonces llenas de fuerzas que, en cambio, me habían faltado en la infancia y en la juventud. Le confié esto a mi maestro, un monje (Volmar) que era de buen trato y solícito, pero ajeno a las preguntas curiosas a las que muchos hombres están acostumbrados. De ahí que oyera con gusto estas apariciones milagrosas. Asombrado me alentó a que lo escribiera a escondidas, para ver qué eran y de dónde venían. Cuando comprendió que venían de Dios, se lo confió a su abad y desde entonces trabajó conmigo con gran ahínco. En esta visión comprendí los escritos de los profetas, de los Evangelios y de otros santos y filósofos sin ninguna enseñanza humana, y algo de esto expuse, cuando apenas tenía conocimiento de las letras, tal y como me enseñó la mujer iletrada. Pero también compuse cantos y melodías en alabanza a Dios y a los santos sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba, sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto. Cuando todo esto llegó hasta la iglesia de Mainz y fue allí discutido, todos dijeron que venía de Dios y de la gracia profética por la que en otro tiempo habían hablado los profetas. Fueron presentados mis escritos al papa Eugenio, que se encontraba en Tréveris. Con agrado hizo que fueran leídos delante de una gran asamblea y también los leyó para sí mismo. Con gran fe en la gracia de Dios me envió su bendición con cartas y me ordenó que escribiera con cuidado lo que viera u oyera en la visión (*Vita*, libro II, cap. II, líns. 34-102).

Este relato ofrece una versión con algunas variantes acerca del suceso del año 1141 narrado al comienzo de *Scivias*, pero en cualquier caso está claro que en la conciencia de Hildegarda su vida se divide en un antes y un después de aquel año. Como se manifiesta en su relato, la facultad visionaria hizo su aparición en una muy temprana edad, y también pronto comprendió el carácter extraordinario de dicha facultad, lo que motivó el miedo y la inseguridad. No obstante existe una diferencia fundamental entre las visiones anteriores al año 41 y la de ese año, consistente, según puede deducirse de su propio testimonio, en un tipo de comprensión total e instantánea de los grandes misterios divinos y en la explícita orden de manifestar la visión a través de la palabra y de la escritura. Hablar y escribir: dos actos poco comunes entre las mujeres de su mundo. Por un lado, la escritura estaba identificada con el sexo masculino y, además, con la vanidad. Por otro, la formación intelectual de Hilde-

garda no había pasado por la escuela, sino que sólo debía de haber adquirido rudimentarios conocimientos del latín. El término de *iletrada* que aplica a su maestra debe entenderse en su sentido estricto históricamente hablando, es decir, como el adjetivo que alude a quien no se ha formado en las artes liberales de la escuela. Desde esa perspectiva, Hildegarda no miente cuando también habla de sí misma como una pobre mujer indocta, pero también es cierto que esas expresiones constituyeron un tópico utilizado para resaltar la inspiración divina, tal y como se leía en el Salmo (S. Flanagan). La palabra de Hildegarda y su escritura fueron posibles gracias a que ella no era nada, sino sólo receptáculo y transmisión de la voluntad de Dios. Su autoridad procedía de que no era ella quien hablaba, sino la voz que oía en la visión. Sin embargo, a pesar del apoyo que le prestó Volmar, monje de Disibodenberg, y el propio abad del monasterio, Hildegarda necesitaba una autorización para escribir. Así, en plena escritura de su primera obra profética, *Scivias*, escribió una carta a Bernardo de Claraval, mientras éste se encontraba ocupado en la proclamación de la segunda cruzada, en la que se expresaba del siguiente modo:

Oh venerable padre Bernardo, que te encuentras milagrosamente en grandes honores por la fuerza de Dios, debes de ser el temor de la ilícita necesidad de este mundo. A ti, que lleno de excelso afán has atraído a los hombres en ardiente amor al Hijo de Dios con el estandarte de la santa cruz para combatir como milicia cristiana la violencia de los paganos, te ruego por Dios vivo que me oigas a mí, que te interrogo. Padre, estoy muy angustiada por una visión que se me apareció en el espíritu como misterio, pues nunca la vi con los ojos exteriores de la carne. Yo, miserable de mí y aún más miserable en nombre femenino, vi desde mi infancia grandes maravillas que mi lengua no podría relatar si el Espíritu de Dios no me hubiera enseñado a creer. Dulce padre lleno de certeza, respóndeme con tu bondad, a mí, indigna sierva tuya, que nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora. Con tu piedad y sabiduría escruta en tu alma tal y como has sido enseñado por el Espíritu Santo, y ofrece el consuelo de tu corazón a tu sierva. Conozco el sentido interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome lo profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto. Respóndeme qué te parece esto. Soy un ser

indocto que no ha recibido enseñanza alguna de temas exteriores. He sido instruida en el interior de mi alma. Por eso hablo entre dudas. Pero me sentí consolada al oír de tu sabiduría y de tu piedad. No me he atrevido a decir esto a nadie, pues, según oigo decir, hay muchos cismas entre los hombres; tan sólo a un monje al que probé y que me examinó en el trato monacal. A él le mostré todos mis secretos y me consoló con la certeza de que eran sublimes y dignos de ser temidos. Por amor de Dios, quiero que me consoléis, padre, y estaré segura. Te vi hace más de dos años en aquella visión como un hombre que miraba al sol con audacia y no tenía miedo. Y lloré, pues mucho enrojeczo y soy cobarde. Dulce y buen padre, me he puesto en tu alma, para que me reveles por tu palabra si quieres que diga esto públicamente o que guarde silencio, pues gran trabajo tengo con esta visión y no sé hasta qué punto puedo decir lo que vi y oí. De vez en cuando estoy postrada en el lecho muy enferma a causa de esta visión, porque callo, de modo que no me puedo levantar... (*Epist.*, I, líns. 1-41).

La respuesta de Bernardo no trasluce excesiva atención al caso que se le ha presentado. Es breve y su tono resulta más bien irónico. En cambio, parece que intervino de un modo decisivo para que el papa Eugenio, que se encontraba en Tréveris, no sólo la autorizara a escribir, sino que la exhortara a ello. El papa mandó una comisión de expertos, entre ellos al obispo de Verdún y a Adalberto, al monasterio de Disibodenberg, para que discernieran acerca de la veracidad de las visiones. Después de oír a los expertos, el papa recibió los escritos de Hildegarda (una parte de *Scivias*) y los leyó en público y en privado. La *Vida* señala de modo específico que «también estaba allí presente Bernardo, abad de Clairvaux, de santo recuerdo, que con la aprobación de todos los asistentes exhortó al sumo pontífice a que no permitiera que tan insigne luz fuera apagada con el silencio» (*Vita*, I, III, líns. 24-27). Desde el momento en que Hildegarda recibió la autorización del papa, la intensa inquietud y las terribles dudas acerca de si debiera o no escribir tuvieron que desaparecer, pero emergieron otras que justamente refuerzan la interpretación del año 1141 como el año de la gran transformación. Junto a la decisión y necesidad de escribir, surgió la absoluta urgencia de salir de Disibodenberg, lo que indudablemente contribuyó a permitir el extraordinario despliegue de su persona a través de una obra que es de una enorme riqueza y creatividad. La salida de Disibodenberg suponía para Hildegarda la posibilidad de fun-

dar su propio monasterio, escapando de este modo del control del abad. Al igual que la escritura, la partida de Disibodenberg no fue algo que no se hiciera sin una terrible lucha, no sólo interior, sino también exterior, dado que el abad se oponía a que se marchara. Y también fue el cuerpo el escenario de la lucha, el lugar donde sucedía la tensión y además el claro signo de lo que ocurría interiormente. La enfermedad, que nunca abandonó a esta mujer que habría de morir anciana a los ochenta y un años, era valorada en la cultura medieval muy diversamente a como lo es en la actualidad, del mismo modo que en determinadas culturas arcaicas la enfermedad podía revelar el carácter sagrado de quien la sufría. También es castigo por no obedecer las órdenes divinas y, a veces, estrategia para imponer una voluntad que difícilmente podría imponerse de otro modo. Por medio de la enfermedad como signo, pudo Hildegarda abandonar la antigua celda de reclusión para fundar con sus dieciocho monjas el monasterio de Rupertsberg, también junto al Rin y a unos treinta kilómetros de Disibodenberg. Ella lo relató así:

Durante un tiempo no podía ver luz alguna por una niebla que tenía en los ojos, y un peso me oprimía el cuerpo de modo que no podía levantarme y yacía con tremendos dolores. Sufrí esto por no manifestar la visión que me había sido mostrada, acerca de que debía trasladarme del lugar en que había sido consagrada a Dios a otro, junto con mis monjas. Soporté aquello hasta que nombré el lugar en el que ahora estoy, y de inmediato recuperé la visión sintiéndome más ligera, pero no me liberé totalmente de la enfermedad. Cuando mi abad y los monjes así como la gente vecina se enteraron de aquel cambio, de que queríamos marchar de unos campos fértiles, viñedos y lugar agradable a otro donde no había agua y donde nada era placentero, se quedaron maravillados y, para que no sucediera, se juraron que nos pondrían todas las dificultades posibles. Decían de mí que había sido engañada por la vanidad. Cuando lo oí, mi corazón se afligió, mi carne y mis venas se secaron, y durante muchos días yací en cama. Oí entonces una poderosa voz que me prohibía decir o escribir algo más acerca de la visión en aquel lugar. En aquella situación, una noble marquesa conocida por nosotras se dirigió al arzobispo de Mainz y contó todo lo que estaba ocurriendo, a él y a otros hombres sabios. Ellos dijeron que cualquier lugar sólo puede ser santificado por las buenas obras, por lo que les parecía conveniente llevar a término el asunto. Así pues, con el permiso del arzobispo nos trasladamos a este

lugar acompañadas de un gran séquito de parientes y de otros hombres en el temor a Dios. Pero el antiguo engañador me llenaba de escarnios, de modo que muchos dijeron: «¿Qué es esto de que tales misterios sean revelados a esta mujer inculta y necia, cuando existen tantos hombres fuertes y sabios? Hay que acabar con todo esto». En efecto, muchos se admiraban de la revelación y se preguntaban si procedía de Dios o de espíritus aéreos secos que a muchos engañan. Y aquí llegamos con veinte monjas nobles, nacidas en casas de padres ricos, sin encontrar ninguna vivienda ni ningún habitante excepto un hombre viejo, su mujer y sus hijos. Sobre mí cayeron tantas adversidades, sufrimientos y trabajos, como cuando una nube de tormenta oculta el sol, que suspirando y derramando lágrimas dije: «¡Oh, Dios no confunda a nadie que confíe en él!». Dios me otorgó su gracia como cuando las nubes se apartan y luce el sol, y como cuando la madre acerca el pecho al niño que llora y que se alegra después de su llanto. Entonces vi en una verdadera visión que me sucederían tribulaciones como a Moisés, porque cuando condujo a los hijos de Israel de Egipto al desierto por el mar Rojo, murmuraron contra Dios y desalentaron a Moisés, a pesar de que Dios les hubiera iluminado con maravillosos signos (Éx 16, 2). Así también Dios permitió que la gente común, mis parientes y algunas de las que vivían conmigo me desalentaran, puesto que nos faltaba lo necesario para vivir, si no nos lo daban en limosnas por la gracia de Dios. Como los hijos de Israel desalentaban a Moisés, así me inquietaban diciéndome: «¿De qué sirve el que monjas nobles y ricas hayan llegado a esta penuria cuando se encontraban en un lugar donde nada les faltaba?». Nosotras, sin embargo, esperábamos que nos socorriera la gracia de Dios, que nos había mostrado aquel lugar (*Vita*, II, V, 14-67).

El sentido de su acto, la partida, se lo ofrecían las Sagradas Escrituras y, en concreto, el Éxodo. Dentro de la comprensión simbólica del siglo XII, el sentido procedía de la repetición del arquetipo. El Antiguo Testamento se concebía como prefiguración del Nuevo, donde los hechos prefigurados alcanzaban su auténtica plenitud y consumación. Los acontecimientos biográficos del ser humano hallaban su sentido en tanto que repetían los hechos arquetipales (E. Auerbach). Moisés constituyó el verdadero modelo para Hildegarda, y el éxodo, el bíblico y el suyo, la única posibilidad de realización espiritual. Entregada totalmente a la voluntad de Dios, a la aventura, cambió un lugar fértil por el desierto, lo que hay que

leer también dentro de una topografía simbólica, y en el año 1150 realizó con sus monjas ese movimiento que la convertiría en abadesa del monasterio de Rupertsberg. Fue en el nuevo lugar, en Rupertsberg, donde sólo un año después terminó *Scivias*. Y esto sucedió no sin antes experimentar el dolor de la pérdida. Justamente la hija de la marquesa que intercedió a favor de su partida a Rupertsberg, Richardis de Stade, abandonó el monasterio de Hildegarda para convertirse a su vez en abadesa en Bassum. Diversos testimonios, en especial las cartas, atestiguan el fuerte afecto que sentía por esta joven monja, y Hildegarda hizo todo lo que pudo para retenerla junto a ella, pero fue inútil. El caso Richardis sirve para atestiguar cómo la formidable espiritualidad de la abadesa, su mirada interior orientada a lo celestial, se combinaba también con una gran pasión por las cosas de la vida y del mundo. Ella misma habló del amor por Richardis y de lo que para ella supuso la pérdida, ya irremediable cuando la joven murió en Bassum poco tiempo después (en 1152), del modo siguiente:

Pero Dios no quiso que permaneciera siempre en completa seguridad, y tal y como me había sucedido desde mi infancia perdí toda seguridad en los gozos de esta vida por lo que mi mente pudiera elevarse. Cuando estaba escribiendo el libro *Scivias*, tenía en pleno amor a una monja noble, la hija de la ya citada marquesa, como Pablo a Timoteo. Se había unido a mí en todo por medio de una amorosa amistad, compartiendo conmigo los sufrimientos hasta que terminara aquel libro. Pero debido a su distinguido linaje se inclinó por un puesto más elevado y quiso ser nombrada madre de un importante monasterio, lo que ambicionaba no tanto según Dios sino según el honor del siglo. Después de que se hubiera trasladado a un lugar alejado de nosotras, y se hubiera alejado de mí, perdió muy pronto la vida presente con el nombre de su dignidad [...] Y en medio de todo esto terminé el libro *Scivias*, según Dios quiso (*Vita*, II, V, 79-101).

Durante diez años, desde 1141 a 1151, Hildegarda se había dedicado a la escritura de esta su primera obra profética. La revelación sucede en la visión que es instantánea, fuera del tiempo, pero después acontece esa hermenéutica de la visión que se realiza en la escritura. Ése es el gran trabajo al que Hildegarda siempre se refiere, y para el que necesitaba ayuda. En diversos lugares se concreta que la ayuda recibida era de orden puramente estilístico: «Éste ponía los casos, tiempos y géneros correctos según

el arte gramatical que ella desconocía, pero no añadía ni quitaba nada del sentido o para la comprensión» (*Vita*, II, I, 27-30). Es digno de destacar que una cultura del manuscrito como la medieval, tan despreocupada por la autoría y tan abierta a aceptar todas las variantes que los copistas querían introducir con respecto a los supuestos originales, fuera en cambio tan rigurosa en cuanto se trataba de un texto revelado. De ningún modo podía cambiarse ni con la más ligera de las variantes. Por ello todos los retratos de Hildegarda la muestran en el acto de escribir, provista de los instrumentos necesarios. Es ella quien escribe al dictado de la voz y el monje sólo corrige gramaticalmente. *Scivias*, un nombre revelado también extraño para los letrados de su época, estaba formado por tres libros y contenía veintiséis visiones. El primer libro está formado por seis visiones que corresponden a los seis días de la creación. Siete visiones configuran el segundo libro y el tercero consta de trece visiones. Cada una de las visiones, a excepción de la decimotercera del tercer libro, se estructura de un modo semejante: primero se describe la visión y luego sigue la transcripción de la voz oída que es la interpretación de la visión misma. En la segunda visión, la misma facultad visionaria, la imaginación de Dios en la que participa la propia Hildegarda, aparece como una figura sembrada de ojos personificada como Temor de Dios:

Vi una especie de gran montaña que tenía el color del hierro. Y sobre esta montaña estaba sentado un ser de tanta claridad que reverberaba mi rostro. Desde cada uno de sus lados se extendía una sombra, como un ala de una longitud y anchura admirables. Y delante de él al pie de la montaña estaba una imagen llena de ojos en la que, a excepción de los ojos, no era capaz de discernir forma humana. Y delante de ella había otra figura de edad infantil vestida con una túnica amarilla pero con calzado blanco, y sobre su cabeza descendía tanta claridad que no pude ver su rostro. Del que estaba sentado en el monte salían multitud de centellas vivas que volaban alrededor de aquellas imágenes con una gran dulzura. En la misma montaña se veían muchas pequeñas ventanas en las que aparecían las cabezas de los hombres, algunas blancas y otras amarillas pálidas (*Scivias*, *Prima visio Primae partis*, lins. 11-29).

La visión estuvo acompañada de una voz potentísima, la del que está sentado en la montaña, que la incita a abrir «la clausura de las cosas místicas» (*clausura mysticorum resera*), pues recibe el conocimiento de «la punta

de la profundidad» (*acumen profunditatis*). La imagen vista por Hildegarda debe situarse en el mundo intermedio, *mundus imaginalis*, cuya textura es transparente, umbrosa, especular. Es el lugar de encuentro entre el Creador, que desciende, y la criatura, que asciende (H. Corbin). Pienso que la figura sembrada de ojos es representación de la misma imaginación visionaria (V. Cirlot). Se la nombra Temor de Dios (*Timor Dei*), según aparece citada como virtud en la regla de San Benito; se trata de la virtud que siempre ha de estar ante los ojos (*ante oculos semper*), lo que aquí ha pasado a ser una imagen llena de ojos (*imago undique plena oculis*) (A. Carlevaris). Toda la obra profética de Hildegarda salió de esta facultad imaginativa.

El tema del primer libro de *Scivias* es la creación y la irrupción del mal con la caída de Lucifer. El segundo libro aborda la salvación y la encarnación de Dios en su Hijo Jesucristo, así como la fundación de la Iglesia. En el tercero se describen las virtudes en su tarea de la construcción de la salvación. La obra concluye con un drama, el *Ordo virtutum* al que Hildegarda puso música. En efecto, la última visión, la decimotercera del tercer libro, da entrada a una audición más que a una visión:

Después vi un aire resplandeciente de luz en el que oí por encima de todas las imágenes que he evocado todo tipo de músicas maravillosas, alabanzas por los gozos de arriba, cantadas por los ciudadanos que perseveran con coraje en la vía de la verdad, quejas de los condenados lamentando esos mismos gozos, exhortaciones de las virtudes animando a salvar los pueblos contra los cuales se alzan las estratagemas del diablo; pero las virtudes lo hacen tan bien que finalmente los fieles gracias a la penitencia pasan de sus pecados a los gozos de arriba. Y este concierto, como la voz de una multitud, se organizaba en armonía de alabanzas sobre los escalones del cielo y decía [...] Y esta música, como la voz de una multitud, cantaba en armonía para animar a las virtudes a ayudar al hombre [...] Y estas voces eran semejantes a la voz de una muchedumbre cuando lanza sus gritos al cielo. Y su sonido me atravesó porque los comprendí sin dificultad.

Después de esto, la voz le dice:

¿De dónde viene, oh hombre, que tú veas un aire luminoso, que representa la pureza del gozo de arriba, en el que oyes por encima de todas las imágenes todo tipo de músicas maravillosas para celebrar los

gozos de los ciudadanos de arriba que avanzan con perseverancia por la vía de la verdad y los lamentos de los condenados lamentando esos mismos gozos? Es que del mismo modo que el aire contiene y sostiene las cosas que están bajo el cielo, del mismo modo, tal como lo oyes en todas las maravillas que te han sido presentadas, una suave y dulce sinfonía resuena a causa del gozo de los elegidos que están en la ciudad de arriba... (*Scivias, Tertia Decima Visio Tertiae Partis*, lins. 27-40; 455-457; 465-475).

El sonido está por encima de la imagen y es lo que más cerca está de Dios. Al final de su vida, Hildegarda desarrolló su concepción de la música en una carta dirigida a los prelados de Maguncia (*Epist.*, XXIII). En esta carta expuso una auténtica teología musical ante el interdicto al que le sometieron los prelados por una supuesta desobediencia (enterrar en su monasterio a un hombre excomulgado) y que responde a la tradición pitagórica transmitida en la Edad Media a través de Boecio y continuada por el teórico carolingio Regino de Prüm, que añadió la *musica caelestis* (el canto de los ángeles en el cielo) a la clasificación boeciana de *musica mundana* (música de las esferas producida por la moción de los cuerpos celestes), *musica humana* (la que une lo racional y lo irracional del alma con el cuerpo) y *musica instrumentalis* (hecha por los seres humanos). En su carta a los prelados de Maguncia, la caída de Adán se presenta como la pérdida de la voz, que es la pérdida de la semejanza con Dios y por tanto del verdadero conocimiento («Y si hubiera permanecido en el estado en el que fue formado, la fragilidad del hombre mortal no habría podido soportar la fuerza y la sonoridad de aquella voz», en *Epist.*, XXIII, 101-103). Sólo el artificio, el arte musical con la creación de instrumentos, ha permitido que el hombre recuperara lo que le había pertenecido por naturaleza. En las analogías simbólicas, «el cuerpo es el vestido del alma que tiene la voz viva, y el alma es sinfonía» (*Epist.*, XXIII, 141). Así, si la escritura de Hildegarda procedía de la visión y se ofrece como copia del dictado de la voz que habla, la composición musical se sitúa en ese mismo plano de revelación. La gran riqueza creadora de Hildegarda se muestra en sus composiciones musicales, que debió de iniciar posiblemente al mismo tiempo que la escritura de *Scivias*. Aunque su gran obra musical después del *Ordo virtutum*, la *Symphonia harmonie celestium revelationum*, se sitúa cronológicamente en los años cincuenta según su propio testimonio. La *Symphonia* está compuesta por cincuenta y siete canciones, la mayor parte antífonas, destinadas a celebrar el misterio de Dios hecho

hombre en el hijo de María, y aparece relacionada con otra obra acerca de una *ignota lingua et litterae* (lengua desconocida y letras) cuyo significado no ha sido posible desvelar, debido probablemente a su carácter inacabado. Es en su segunda obra profética, el *Liber vitae meritorum* (Libro de los méritos de la vida), donde Hildegarda cita todas estas obras, la musical y la de la lengua ignota, junto a otra obra que trataba de las *subtilitates diversarum naturarum creaturarum* (Libro de las sutilidades de las diversas naturalezas de la creación) que la tradición manuscrita nos ha transmitido como dos libros separados: *Physica* y *Causae et curae*. Estos dos tratados nada tienen que ver con la revelación divina, sino que surgen de los estudios y de la observación directa de la abadesa. Abordan la fisiología, la patología, y ofrecen toda una teoría de la sexualidad expresada de un modo sorprendentemente explícito y claro. La correcta ubicación de estos dos libros en el conjunto de la obra de Hildegarda está a la espera de la aparición de ediciones críticas, pues si la obra profética ha sido sometida a un riguroso examen para confirmar su autenticidad, no ocurre lo mismo con estos tratados.

En el año 1158, a la edad de sesenta años, Hildegarda tuvo la segunda visión, que fue el origen de su segunda obra profética: *Liber vitae meritorum*. La figura central, objeto de esta segunda visión, era un hombre de un inmenso tamaño que, alcanzando hasta el cielo, se sumía en las profundidades del abismo. Centro del universo, el hombre encarna en el texto tanto a Dios como a Cristo. El núcleo temático del libro está constituido por los combates entre vicios y virtudes, entre el bien y el mal. La escritura de este libro la ocupó durante cinco años y también fue ayudada por Volmar. Pero durante estos años no se dedicó sólo a escribir, sino que en medio de su primera enfermedad de tres años (en 1167 volvió a sucederle) realiza su primer viaje de predicación por la región del Main hasta Bamberg. Se conocen cuatro viajes de predicación. El segundo tuvo lugar en el año 1160 y, al parecer, en Tréveris habló públicamente ante el clero y el pueblo. Sus palabras debieron de resultar impactantes, pues le pidieron por escrito el sermón. El tercer viaje tuvo lugar entre 1161 y 1163 por el Rin hasta Colonia, donde en su predicación atacó con una gran capacidad retórica la herejía cátara. Su último viaje data de 1170-1171 y pasó por Suabia hasta Hirsau y Zwiefalten. La fama de Hildegarda como profetisa era ya en esta época considerable. Además ya había demostrado su poder taumáturgico y curativo, pues a ella acudían de todos los lugares en busca de ayuda para sus enfermedades. En el Libro III de la *Vida* escrita

por Theoderich se describen sus milagros curativos, incluido un extraordinario caso de exorcismo (el de Sigewize en 1169). Sus intervenciones en la vida política también son destacadas, como por ejemplo la postura que adoptó ante el cisma del emperador Federico Barbarroja, con quien por lo demás había mantenido excelentes relaciones desde su ascenso al trono en 1155. En el año 1159, después de la muerte del papa Adriano IV, Federico opuso al papa de Roma, Alejandro III, tres papas imperiales: Víctor IV (1159-1164), Paschalis (1164-1168) y Calixto III (1168-1177). Al principio Hildegarda se mantuvo indiferente ante el cisma. En 1163 recibió del emperador una importante carta en la que aseguraba la protección para su monasterio, y en 1164, cuando fue nombrado papa Paschalis, Hildegarda le escribió dos cartas en tono profético absolutamente amenazadoras. La riquísima correspondencia conservada de la abadesa, tanto con el mundo laico como con el eclesiástico, constituye una fuente inmejorable de aproximación a su personalidad y a su vida. Sus múltiples actividades, su participación en el mundo, no fueron obstáculo para su vida contemplativa. Es más: la intensidad visionaria alcanza su cima en la tercera visión, origen de su tercera obra profética, el *Liber divinorum operum* (Libro de las obras divinas), cuya elaboración se prolongó durante diez años, desde 1163 hasta 1173. La visión desencadenante de la escritura sucedió en el año 1163:

Un tiempo después vi una visión maravillosa y misteriosa, de tal modo que todas mis vísceras fueron sacudidas y apagada la sensualidad de mi cuerpo. Mi conocimiento cambió de tal modo que casi me desconocía a mí misma. Se desparramaron gotas de suave lluvia de la inspiración de Dios en la conciencia de mi alma, como el Espíritu Santo empapó a san Juan Evangelista cuando chupó del pecho de Cristo la profundísima revelación, por lo que su sentido fue tocado por la santa divinidad y se le revelaron los misterios ocultos y las obras, al decir: «En el principio era el verbo», etcétera (Jn 1, 1) (*Vita*, II, XVI, 2-10).

Este relato se encuentra inserto en la *Vida*. Hildegarda utiliza, para aludir a lo extraordinario de esta experiencia, expresiones que proceden de la espiritualidad cisterciense y, en concreto, de un tratado didáctico fechado a mediados del siglo XII, el *Speculum virginum*. En este tratado, presentado como un diálogo entre Peregrino y Teodora y cuya finalidad era práctica (guiar la vida de las monjas), introdujo entre otros textos

bíblicos el Cantar de los Cantares, cuya exégesis, ya fuera en la obra de un san Bernardo o de un Guillermo de Saint Thierry o del poema conocido como *Sankt-Trudperterhohelied*, también de mediados del siglo XII, asentó las bases de la mística cisterciense. En un pasaje del *Speculum* (libro II), al comentar el verso del Cantar acerca de las bodegas y de los ungüentos, Peregrino le dice a Teodora que «en el pecho de Cristo está la plenitud de toda ciencia», y más adelante (libro V) el Juan de la Última Cena, identificado con Juan Evangelista, configura la imagen de Juan evangelista chupando del pecho de Cristo, la misma empleada por Hildegarda. En el tratado didáctico se aclara el significado de la imagen que Hildegarda da por sobreentendida: chupar del pecho proporciona conocimiento y dulzura, en una asociación entre conocer y amar. Cristo no sólo aparece como madre, sino como esposo y Juan como esposa, simbolizándose así la unión mística. Parece como si el lenguaje referido al plano interior, espiritual y celeste superara todas las limitaciones, del mismo modo que los sentidos espirituales se mezclan y combinan sinestésicamente. De este modo, al referirse Hildegarda a esta tercera visión del año 1163 parece hacerlo como si aludiera a una experiencia mística en sentido estricto, es decir, a la adquisición de un conocimiento y de una comprensión procedentes de la íntima unión con Dios. Su biógrafo, Theoderich de Echter-nach, lo interpretó como un suceso místico y la *Vida* de Hildegarda constituyó, al parecer, un modelo para la elaboración de gran parte de las hagiografías del siglo XIII. Sin embargo, y a pesar de que Hildegarda comente la tercera visión como una experiencia que la alteró corporalmente, no es posible deducir que cayera en éxtasis. En el Prólogo del *Liber divinorum operum* (Libro de las obras divinas) vuelve a describir la visión y precisa: «Despierta de cuerpo y mente en los misterios celestes, lo vi con los ojos interiores de mi espíritu y oí con los oídos interiores, y no en sueños ni en éxtasis» (*LDO*, Prólogo, líns. 35-37). En diversas ocasiones Hildegarda repitió que no conoció el éxtasis, lo que no significa que sintiera desprecio por tal estado como algo procedente del demonio, según han opinado algunos autores. Durante los años 1152 y 1156 estuvo en contacto con Elisabeth de Schönau, una visionaria cuyas experiencias eran claramente extáticas, según le relata en sus cartas. Hildegarda le prestó el apoyo que aquella mujer necesitaba, llena de temor, dudas e incertidumbres. Pero lo cierto es que en su más completa descripción de su experiencia visionaria insiste en el hecho de que durante la visión su mente está despierta. En el año 1175, Guibert de Gembloux, un hombre

cultísimo y de una formación muy refinada, supo de la visionaria del Rin y lleno de interés le escribió una carta en la que le formulaba diversas preguntas acerca de cómo era la visión. Hildegarda le contestó en una carta en la que respondía así:

Desde mi infancia, cuando todavía no tenía ni los huesos, ni los nervios ni las venas robustecidas, hasta ahora, que ya tengo más de setenta años, siempre he disfrutado del regalo de la visión en mi alma. En la visión mi espíritu asciende, tal como Dios quiere, hasta la altura del firmamento y hasta el cambio de los diversos aires, y se esparce entre pueblos diversos, en lejanas regiones y en lugares que son para mí remotos. Y como veo estas cosas de este modo, las contemplo según el cambio de las nubes y de otras criaturas. No oigo estas cosas ni con los oídos corporales ni con los pensamientos de mi corazón, ni percibo nada por el encuentro de mis cinco sentidos, sino en mi alma, con los ojos exteriores abiertos, de tal manera que nunca he sufrido la ausencia del éxtasis. Veo estas cosas despierta, tanto de día como de noche. Y con frecuencia estoy atada por enfermedades y atenazada por fuertes dolores, hasta tal punto que amenazan con llevarme hasta la muerte. Pero hasta ahora Dios me ha sustentado. La luz que veo no pertenece a un lugar. Es mucho más resplandeciente que la nube que lleva el sol, y no soy capaz de considerar en ella ni su altura ni su longitud ni su anchura. Se me dice que esta luz es la sombra de luz viviente, y tal y como el sol, la luna y las estrellas aparecen en el agua, así resplandecen para mí las escrituras, sermones, virtudes, y algunas obras de los hombres formadas en esta luz. Lo que he visto o aprendido en esta visión, lo guardo en la memoria por mucho tiempo, pues recuerdo lo que alguna vez he visto u oído. Y simultáneamente veo y oigo y sé, y casi en el mismo momento aprendo lo que sé. Lo que no veo, lo desconozco, puesto que no soy docta. Y lo que escribo es lo que veo y oigo en la visión, y no pongo otras palabras más que las que oigo. Lo digo con las palabras latinas sin pulir como las oigo en la visión, pues en la visión no me enseñan a escribir como escriben los filósofos. Y las palabras que veo y oigo en esta visión no son como las palabras que sueñan de la boca del hombre, sino como llama centelleante y como nube movida en aire puro. De ningún modo soy capaz de conocer la forma de esta luz, como tampoco puedo mirar perfectamente la esfera solar. Y de vez en cuando, y no con mucha frecuencia, percibo en esta luz otra luz, a la que nombran luz viviente, que, mucho menos que la anterior, puedo

decir de qué modo la veo. Pero, desde el momento en que la contemplo, toda tristeza y todo dolor es arrancado de la memoria, de forma que adquiero las maneras de una simple niña y no de una mujer vieja. Debido a la asidua enfermedad que padezco, siento alguna pereza de proferir las palabras y las visiones que me han sido mostradas, pero no obstante, cuando mi alma ve estas cosas y las gusta, me transformo de tal modo que, como dije antes, entrego al olvido todo temor y tribulación, y todo lo que veo y oigo en esta visión lo apura mi alma como de una fuente, aunque ésta permanezca siempre llena e inagotable. Mi alma no carece en ningún momento de la luz que llamo sombra de luz viviente, y la veo como si contemplara el firmamento sin estrellas en una nube luminosa, y en ésta veo cosas de las que hablo con frecuencia y también veo lo que respondo a las preguntas, y procede del fulgor de la luz viviente. También vi en una visión que el primer libro de mis visiones se llamaría *Scivias* (Conoce los caminos), porque fue revelado a través del camino de la luz viviente, y no por doctrina alguna. Acerca de las coronas vi que todos los órdenes eclesiásticos tienen signos claros según la claridad celeste, pero la virginidad en cambio carece de un claro signo, salvo el velo negro y el signo de la cruz. Por ello vi que éste es el signo de la virginidad, esto es, que la cabeza de la virgen estaría cubierta por un velo blanco junto a la túnica blanca que el hombre tenía en el paraíso y luego la perdiera, y sobre la cabeza una rueda de tres colores unidos en uno, que designa a la santa Trinidad, a la que se añaden cuatro ruedas, de las cuales una tiene en la frente al Cordero de Dios, a la derecha al querubín y a la izquierda al ángel, y detrás al hombre, y todos penden de la Trinidad. Este signo que me fue entregado bendice a Dios, pues vistió al primer hombre con la blancura de la claridad. Y todo esto está contenido en el libro *Scivias*. Escribí el libro *Scivias* y otros en verdadera visión, y ahora trabajo en la misma obra. Me desconozco a mí misma en los dos modos, esto es, en cuerpo y en alma, y me tengo en nada. Tiendo hacia Dios vivo y abandono todo esto a Él, pues Él, que no tiene ni inicio ni fin, me defiende en todo esto del mal. Reza por mí, tú, que buscaste estas palabras, junto a todos aquellos que desean oírlas fielmente, para que permanezca felizmente en el servicio de Dios (*Epist.*, CIII R, líns. 62-139).

Guibert de Gembloux llegó a conocer personalmente a Hildegarda. En 1173 había muerto Volmar y Hildegarda tuvo que concluir el *Liber divinorum operum* con la ayuda del abad Ludwig y de los monjes de la aba-

dia de San Eucharius de Tréveris. Al año siguiente el abad de Disibodenberg le envió al monje Gottfried, que fue quien redactó el primer libro de la *Vida*. En 1176 murió Gottfried y al año siguiente Guibert de Gembloux se convirtió en su secretario iniciando también un relato biográfico. Guibert mantenía estrechas relaciones con el monasterio de Villers, donde Hildegarda era literalmente adorada. A partir de 1176 se leyeron en la abadía tanto el *Liber vitae meritum* como el *Liber divinorum operum*. Hildegarda regaló su *Symphonia*, y es posible que poseyeran un ejemplar de su *Vida*, al menos en la versión abreviada. Dada la gran importancia del monasterio de Villers en lo que respecta al gran auge y expansión de las *mulieres religiosae* durante el siglo XIII, es muy probable que la *Vida* de Hildegarda se convirtiera en modelo de la nueva ola de hagiografía mística en los Países Bajos, tal y como piensa Barbara Newman (1997).

El 17 de septiembre de 1179 murió Hildegarda. Estuvo presente Guibert, pero el relato de su muerte sólo lo encontramos en la *Vida* de Theoderich, que dice así:

Sobre la habitación en la que la santa virgen entregó su feliz alma a Dios en el primer crepúsculo de la noche del domingo, aparecieron en el cielo dos arcos brillantísimos y de diversos colores, que se ensancharon por un gran camino extendiéndose por la tierra en cuatro partes, de los cuales uno fue de norte a sur y el otro de este a oeste. En el vértice, allí donde los dos arcos se cruzaban, surgió una clara luz en forma de círculo lunar que se ensanchó tanto que pareció apartar las tinieblas de la noche de la habitación. En esta luz se vio una rutilante cruz, primero pequeña pero luego fue creciendo inmensa, rodeada por innumerables círculos de distintos colores, de los que salían en cada uno de ellos pequeñas cruces rojizas y brillantes, rodeadas a su vez por círculos, y se veía cómo iban creciendo. Y cuando se hubieron extendido por el firmamento, lo hicieron más intensamente en Oriente y parecieron desviarse hacia la tierra y hacia la casa en la que la santa virgen había muerto iluminando toda la montaña. Debe creerse que Dios con este signo mostró con cuánta claridad había iluminado a su amada en los cielos. Tampoco faltaron, antes de que fuera sepultada, milagros que atestiguaran el mérito de su santidad. Pues dos hombres, que llenos de fe tocaron su santo cuerpo, fueron curados de una grave enfermedad. Las exequias fueron celebradas por venerables hombres con gran respeto y fue sepultada en lugar santo, donde todos los que recen con corazón piadoso obtendrán grandes bie-

nes gracias a sus méritos. Un maravilloso olor a suavidad, dulzura y fragancia sale de su sepulcro e inunda los sentidos de algunos hombres (*Vita*, III, XXVII, 18-43).

Después de su muerte se realizaron muchos esfuerzos para lograr la canonización, que nunca llegó a ser efectiva. Entre estos esfuerzos habría que destacar la redacción de la hagiografía o también una extraordinaria ilustración miniada de dos de sus obras proféticas: del *Scivias* y del *Liber divinorum operum*. Del *Liber Scivias* se realizaron dos manuscritos miniados: el códice conocido como de Rupertsberg (Wiesbaden, Hessische Landesbibliothek: Cod. 1) y el de Heidelberg (Heidelberg, Universitätsbibliothek: Cod. Sal. X, 16). El códice de Rupertsberg desapareció en la Segunda Guerra Mundial y en la actualidad sólo se han conservado unas fotocopias en blanco y negro, y, sobre todo, el facsímil que se hizo en el monasterio de Eibingen en el año 1927. Recientes estudios dudan de que este códice se realizara efectivamente en la abadía de Rupertsberg en vida de Hildegarda. El carácter absolutamente extraordinario de este manuscrito en el panorama artístico de la época induce a hacerlo proceder de algún centro más especializado (Andernach, Maria Laach, Colonia, Zwiefalten), situándolo cronológicamente pocos años después de la muerte de Hildegarda (entre 1185-1200). Las veintiséis visiones que constituyen el libro se despliegan en treinta y cinco miniaturas de una gran originalidad iconográfica y se encuentran en estrechísima relación con el texto. Tanto el manuscrito de Heidelberg como el de Lucca se fechan a principios del siglo XIII. El manuscrito de Lucca (Lucca, Biblioteca Statale di Lucca: Cod. 1964) ilustró las diez visiones de las que consta el *Liber divinorum operum* con diez miniaturas. Todo este conjunto de miniaturas son visualizaciones de las propias visiones de Hildegarda realizadas por artistas de su época. Constituyen la primera recepción de la extraordinaria floración simbólica en la imaginación de la visionaria y son apoyos eficaces para la recreación de las visiones.

Ediciones y traducciones

1. Obra profética

Hildegardis Scivias, ed. de Adelgundis Führkötter con la colaboración de Angela Carlevaris, Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis (= CC CM) XLIII y XLIII A, Brepols, Turnholt 1978.

Hildegarde de Bingen, *Scivias*. «Sache les voies» ou *Livre des visions*, trad. de Pierre Monat, Les Éditions du Cerf, París 1996.

Santa Hildegarda, *Scivias*. *Conoce los caminos*, trad. de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro, Trotta, Madrid 1999.

LVM: Hildegardis Liber vite meritum, ed. de Angela Carlevaris OSB, CC CM XC, Brepols, Turnholt 1995.

LDO: Hildegardis Bingensis Liber divinorum operum, ed. de Albert Derolez y Peter Dronke, CC CM XCII, Brepols, Turnholt 1996.

Hildegarda de Bingen, *Llibre de les obres divines*, introd. de Rosa Maria Piquer y trad. de Isabel Segarra, Clàssics del Cristianisme, Barcelona 1997.

2. Obra musical

Saint Hildegard of Bingen. Symphonia. A critical edition of the Symphonia armonie celestium revelationum, ed. de Barbara Newman, Cornell University Press, Ithaca y Londres 1988.

Hildegard de Bingen, *Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*, trad. de María Isabel Flisfisch, Trotta, Madrid 2003.

3. Correspondencia

Hildegardis Bingensis Epistolarium. Pars prima I-XC. Pars secunda XCI-CCL R, ed. de Lieven van Acker, CC CM XCI y XCI A, Brepols, Turnholt 1991-1993.

Hildegard von Bingen, *Briefwechsel*, trad. de Adelgundis Führkötter OSB, Otto Müller, Salzburgo 1990.

The Letters of Hildegard of Bingen, vol. I y II, trad. de Joseph L. Baird y Radd K. Ehrman, Oxford University Press, Oxford 1994.

4. Biografía

Vita Sanctae Hildegardis, ed. de Monica Klaes, CC CM CXXVI, Brepols, Turnholt 1993.

Vida y visiones de Hildegard von Bingen, ed. de Victoria Cirlot, Siruela, Madrid 1997.

Estudios

Auerbach, Erich, véase Bibliografía general.

Benz, Ernst, *Die Vision. Erfahrungsformen und Bilderwelt*, Klett, Stuttgart 1969.

Calderoni Masetti, Anna Rosa y Gigetta Dalli Regoli, *Sanctae Hildegardis Revelationes. Manoscritto 1942*, Cassa di Risparmio di Lucca, Lucca 1973.

Carlevaris, Angela, «Hildegard von Bingen. Urbild einer Benediktinerin», en *Hildegard von Bingen*, cit., págs. 87-108.

Cirlot, Victoria, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Herder, Barcelona 2005.

Dronke, Peter, véase Bibliografía general.

Flanagan, Sabina, *Ildegarda di Bingen. Vita di una profetessa*, Le Lettere, Florencia 1991.

Forster, Edeltraud (ed. de la abadesa), *Hildegard von Bingen. Prophetin durch die Zeiten. Zum 900. Geburtstag*, Herder, Friburgo-Basilea-Viena 1997.

Gougenheim, Sylvain, *La sybille du Rhin. Hildegarde de Bingen, abbesse et prophétesse rhénane*, Publications de la Sorbonne, París 1996.

Gronau, Eduard, *Hildegard von Bingen. 1098-1179. Prophetische Lehren der Kirche an der Schwelle und am Ende der Neuzeit*, Christiana Verlag, Stein am Rhein 1991.

Newman, Barbara, *Sister of Wisdom. St. Hildegard's theology of the feminine*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles 1987.

—, «Seherin-Prophetin-Mystikerin. Hildegard von Bingen in der hagiographischen Tradition», en *Hildegard von Bingen*, cit., págs. 126-153.

— (ed.), *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and Her World*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles 1998.

Saurma-Jeltsch, Lieselotte E., *Die Miniaturen im «Liber Scivias» der Hildegard von Bingen. Die Wucht der Vision und die Ordnung der Bilder*, Ludwig Reichert, Wiesbaden 1998.

Schipperges, Heinrich, *Die Welt der Engel bei Hildegard von Bingen*, Otto Müller, Salzburgo 1963.

Schrader, Marianne y Adelgundis Führkötter, *Die Echtheit des Schriftums der heiligen Hildegard von Bingen. Quellenkritische Untersuchungen*, Böhlau, Colonia-Graz 1956.

Seyfarth, J. (ed.), *Speculum virginum*, CC CM, Brepols, Turnholt 1990.

Staab, Franz, «Aus Kindheit und Lehrzeit Hildegards», en *Hildegard von Bingen*, cit., págs. 58-86.

Talbot, C. H. (ed. y trad.), *The life of Christina of Markeyate, a twelfth century recluse*, Clarendon Press, Oxford 1959.